

La “nueva” filosofía de la historia. Una sinopsis

José Sazbón

UBA / CONICET

Para muchas disciplinas humanísticas, el actual es un tiempo fundacional. No sólo se insiste en la rotación de perspectiva que impone su cauce a toda reflexión que pretenda ser fiel a un presente que rige sus operaciones y del que recibe sus contenidos; también se remarca la escansión de época que la misma debe asumir como propia e identificatoria. El correlato global de esa mutación generalizada es la habituación a algo así como “el mundo según Kuhn” (para utilizar una expresión de Danto).¹ En el solo campo de los estudios históricos, las definiciones inaugurales proliferan: “nueva historia”, “nueva historia cultural”, “nuevo historicismo”, etc.,² cuyos referentes son otros tantos conjuntos disciplinarios en atareada edificación. En consonancia con estas refundaciones, pero a partir de una propia lógica de desarrollo, cierta filosofía de la historia también se ha autodesignado “nueva”, pero sólo imperfectamente captaríamos esa novedad si homologáramos esta transición a las anteriormente mencionadas. La proteica “nueva historia”, por ejemplo, es la menos firmemente designada por su rótulo: su pasado abunda en declarados nuevos comienzos y tanto los comentaristas ecuanímenes como los vindicativos –Peter Burke o Gertrude Himmelfarb, digamos–³ han hecho resaltar la antigüedad del reclamo de novedad. La misma renovación de la historia cultural, aunque articula experimentalmente las incitaciones de los “géneros borrosos”,⁴ no por ello abandona el impulso cognoscitivo que da razón de ser a su campo de estudios. Si, de una apertura a otra, pasamos a la que define a la filosofía de la historia en sus actuales conatos, percibimos un ademán programático diverso:

¹ Arthur C. Danto, “The Decline and Fall of the Analytical Philosophy of History”, en Frank Ankersmit and Hans Kellner (eds.), *A New Philosophy of History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995, p. 84.

² Peter Burke, “Overture: the New History, its Past and its Future”, en P. Burke (ed.), *New Perspectives of Historical Writing*, Cambridge, Polity Press, 1994 (1a. ed., 1991); Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989; H. Aram Vesser (ed.), *The New Historicism*, Nueva York, Routledge, 1989.

³ Peter Burke, “Overture”, cit. (n. 2), pp. 7-8; Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old. Critical Essays and Reappraisals*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1987, pp. 1-4. Para un amplio panorama de la cuestión, cf. Ignacio Olabarri, “‘New’ new history: a *longue durée* structure”, *History and Theory*, vol. XXXIV, 1995, pp. 1-29

⁴ Clifford Geertz, “Blurred Genres: The Refiguration of Social Thought”, en *Local Knowledge. Further Essays in Interpretive Anthropology*, Nueva York, 1983.

mientras en los casos anteriores la renovación se ejerce en medio de una floración de lenguajes que desplazan a los preexistentes, en este caso asistimos a un cambio de conversación. La “nueva” filosofía de la historia reclama para sí el derecho de abrir un espacio de reflexión categorialmente diverso del ya demarcado y, al hacerlo, transmuta la misma noción que, parasitariamente, vehiculiza su nombre; redefine, pues, el enunciado descriptivo heredado y otorga otra identidad a la disciplina. En su impulso constructivo hay una apuesta a la memoria crítica de las precedentes versiones de la especialidad en la medida en que su eventual pertinencia queda confinada a estadios superados de la conciencia teórica de la filosofía de la historia. Lo ahora prometido es una argumentación más consistente de los fundamentos teóricos de la disciplina que no requiere ya de antiguas distinciones sobre el estatus de la reflexión, en virtud de que el terreno mismo en que se instala está delimitado por otras coordenadas y la designación de entidades y operaciones deriva de un código diverso de los que prevalecieron.

Es cierto que, mucho antes de que una filosofía de la historia se postulara ambiciosamente como “nueva”, una análoga vocación de deslinde se había hecho sentir utilizando otro vocabulario. A tal punto gravitaba una consolidada tradición vinculada a su nombre, que las obras que reincidían en la denominación se disociaban preventivamente de sus resonancias. Las primeras líneas de la *Introducción a la filosofía de la historia* de Raymond Aron, publicada antes de la guerra, disuadían al lector que esperara encontrar en el libro algo afín a “los grandes sistemas... tan desacreditados hoy”. El objetivo del ensayo era más bien una filosofía histórica y sólo “en cierto sentido” filosofía de la historia, siempre que se excluyera de ésta la pretensión de ofrecer “una visión panorámica del conjunto humano” y se la entendiera más bien como comprensión de la historia y reflexión sobre el presente epocal.⁵ Tal propósito de un cambio radical de temática que, no obstante, preserva la denominación heredada, encontrará más adelante una formulación expresiva en un libro de Schnädelbach cuyo título indica bien esa deriva: *La filosofía de la historia después de Hegel*. La posterioridad aludida, precisaba el autor, era la propia de una situación teórica en la que la “sistemática de la historia de tipo hegeliano” deja de ser tomada en consideración por su carencia de plausibilidad.⁶ Éste es, desde luego, el gesto común de los teóricos y filósofos de la historia modernos, quienes, bajo la figuración de Hegel, subsumen todas las interpretaciones globalizantes de la historia que aspiran a ofrecer síntesis comprensivas del desarrollo humano; desde los años cuarenta, la demolición popperiana del “historicismo” resultará, para todos ellos, servicial, los eximirá del esfuerzo de la refutación y dejará el terreno despejado para otras iniciativas intelectuales. La línea divisoria entre un antes y un después de las pretensiones “de tipo hegeliano” quedará inscrita en el léxico filosófico en la forma de una tipología dual que, con algunas mínimas variantes, presidirá la reorganización de la disciplina. Una influyente dicotomía fue la elaborada hacia 1951 por W. H. Walsh, quien, luego de razonar los motivos del “general recelo” que afectaba a la especialidad (principalmente en Gran Bretaña), escindiría el conjunto de problemas de los que ella se ocupa. Por un lado, la parte “especulativa o metafísica”, como

⁵ Raymond Aron, *Introducción a la filosofía de la historia* (original francés: 1938), 2 tomos, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983, t. 1, p. 9.

⁶ Herbert Schnädelbach, *La filosofía de la historia después de Hegel* (original alemán: 1974), Barcelona, Alfa, 1980, p. 7.

heredera de la filosofía “tradicional” de la historia, preservaría el interés por el curso general de los hechos humanos e indagaría su sentido, finalidad o tendencias; por otro, la “filosofía crítica” se abocaría al examen de las cuestiones lógicas, epistemológicas y teóricas que plantea el conocimiento de la historia.⁷ Esta última parte, de hecho la única articulable con la filosofía de la ciencia, la epistemología de las ciencias sociales y las indagaciones sobre el lenguaje filosófico entonces en curso, será la que prevalecerá en el futuro y dará lugar a un frondoso cotejo de posiciones y revisiones correctivas. No necesitará para ello anunciarse como “crítica”, sobre todo porque razones de congruencia con una orientación más general le otorgarán tempranamente el rótulo de “analítica” y, desde el título del trabajo seminal de Arthur Danto: *Analytical Philosophy of History* (1965), se sobreentenderá siempre que ése es su ámbito de validación. No obstante, en ese período temprano y como un eco del apremio de Walsh por neutralizar la acepción largamente estable del rótulo disciplinario, otros estudiosos se creyeron también obligados a efectuar liminarmente la distinción. William H. Dray comenzará su *Filosofía de la historia*⁸ por el deslinde entre “crítica y especulación”,⁹ Danto iniciará la suya –antes mencionada– con una discusión sobre el alcance respectivo de la filosofía de la historia “sustantiva” y la analítica (donde el criterio de demarcación es la cognoscibilidad del futuro, afirmada por la primera y puesta en cuestión por la segunda)¹⁰ y, más en general, incluso los historiadores tomarán nota de la distinción.¹¹ Se puede agregar que, unos años después, Raymond Aron se hará cargo de la oposición bajo la forma del contraste entre el pensamiento historicista alemán –cuya representación metafísica de la historia entiende a ésta como un devenir creador– y la anglosajona filosofía analítica de la historia, en cuanto metaciencia del conocimiento histórico.¹²

Volviendo ahora a la “nueva” filosofía de la historia, se puede apreciar el alcance de su ademán instaurador en el hecho de que, lejos de pagar tributo a la disyunción canónica crítica/especulación (la cual, aunque para distanciarse de ellos, tiene en cuenta los remotos y venerables antecedentes de la especialidad), establece su perfil antagónico no en referencia a la “tradicición”, sino a partir de un provocativo contraste con los desarrollos más recientes de la disciplina. En lo que sigue, presentaré una descripción condensada de ese perfil, aunque omitiendo el señalamiento de las contribuciones individuales a la corriente. No me referiré, entonces, a las obras de Hayden White, Hans Kellner, Stephen Bann, Lio-

⁷ W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia* (original inglés: 1951), México, Siglo XXI, 6a. ed., 1976, cap. 1.

⁸ William H. Dray, *Filosofía de la historia* (original inglés: 1951), México, UTEHA, 1965, pp. 1-5.

⁹ Los pares opositivos de Walsh y de Dray terminaron por adicionarse en la consideración retrospectiva de otros estudiosos. Así, por ejemplo, Carr menciona la distinción entre una filosofía de la historia “sustantiva o especulativa” y otra “crítica o analítica” y exactamente en los mismos términos lo hace Callinicos. Cf. David Carr, *Time, Narrative, and History*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, p. 1; Alex Callinicos, *Theories and Narratives. Reflections on the Philosophy of History*, Durham, Duke University Press, 1995, pp. 1-2. Por lo demás, tanto Carr como Callinicos prescinden de ese encuadramiento en sus respectivas (y diferenciadas) indagaciones sobre la filosofía de la historia.

¹⁰ Arthur C. Danto, *Analytical Philosophy of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965, cap. 1.

¹¹ Jerzy Topolsky, *Metodología de la historia* (original polaco: 1973, con prólogo de 1966), Madrid, Cátedra, 1985, pp. 37-38.

¹² Raymond Aron, *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France* (original francés: 1989), México, FCE, 1996. Cf. “Del historicismo alemán a la filosofía analítica de la historia (1972-1973)”, pp. 31-45.

nel Gossman, Dominick LaCapra, F. R. Ankersmit, etc., especificando sus respectivas elaboraciones, aunque sí tomaré en cuenta al último de los nombrados como principal referente en virtud del mayor respiro que este autor ha dado a las reivindicaciones teóricas y programáticas de la “nueva” filosofía de la historia, así como de la vivacidad polémica con que las ha presentado.¹³

- Mientras los anteriores intentos reconstructivos de la disciplina se establecían a partir de un deslinde con una acepción secularmente consagrada y arraigada en la historia de la filosofía —a la que denominaban “especulativa”, “sustantiva”, “dogmática” o “tradicional”—, esta versión emergente se desentiende de ese horizonte histórico y busca diferenciarse, más bien, del conjunto de supuestos, problemas y temáticas que caracterizaron tanto a la orientación “crítica” o “analítica” como a otras coetáneas (por ejemplo, la teoría hermenéutica). Un índice elocuente de este giro, así como de la rapidez de las transiciones en la disciplina, es que, en la nomenclatura en curso, “tradicional” designa ahora a la propia filosofía analítica de la historia¹⁴ (y no, como en el léxico de esta última, a los sistemas de Vico, de Hegel, etcétera).¹⁵

- Mientras la expansión de la filosofía “crítica” de la historia fue paralela a la elaboración de las tesis “narrativistas” (cuyo texto seminal, “Narrative sentences”, integraba la influyente *Analytical Philosophy of History*, de Arthur C. Danto), vinculando entonces la di-

¹³ Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, 1973; del mismo autor, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, 1978, y *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, 1987. Edición de las tres obras: Baltimore, The Johns Hopkins University Press. Hans Kellner, *Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1989; Stephen Bann, *The Inventions of History. Essays on the Representations of the Past*, Manchester, Manchester University Press, 1990; Lionel Gossman, *Between History and Literature*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1990; Dominick LaCapra, *Rethinking Intellectual History. Texts, Contexts, Language*, 1983; del mismo autor, *History and Criticism*, 1985, y *Soundings in Critical Theory*, 1989. Edición de las tres obras: Ithaca, Cornell University Press; F. R. Ankersmit, *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1983; del mismo autor, “The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History”, en *History and Theory*, Beiheft 25, 1986, pp. 1-27; “Historical Representation”, *ibid.*, vol. XXVII, 1988, pp. 205-228; “Historiography and Postmodernism”, *ibid.*, vol. XXVIII, 1989, pp. 137-153; “Reply to Professor Zagorin”, *ibid.*, vol. XXIX, 1990, pp. 275-296; “Historicism. An attempt at synthesis” y “Reply to Professor Iggers”, *ibid.*, vol. XXXIV, 1995, pp. 143-161 y 168-173; “La verdad en la literatura y en la historia”, en Ignacio Olábarri y Francisco Javier Capistegui (eds.), *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996, pp. 49-67.

¹⁴ Siguiendo la pauta conocida, tal imputación integra el *incipit* de la propuesta de los nuevos renovadores. Así, Ankersmit comienza su *Narrative Logic* (cf. n. 13) con esta declaración: “Hace unos diez años surgió una filosofía de la narración histórica en virtud de la creciente insatisfacción que suscitaba la filosofía de la historia tradicional. Se vio que el debate sobre el modelo de la ‘ley de cobertura’, la discusión sobre el papel de los valores en la historiografía y sobre la teoría hermenéutica de algún modo dejaban escapar los problemas esenciales del conocimiento histórico”. Abandonando “esas discusiones tradicionales”, Ankersmit propone erigir una “filosofía narrativa suficientemente firme y consistente como para sostener el peso de la práctica de la historia” (*op. cit.*, p. 1).

¹⁵ En el mismo sentido, la rápida aclimatación de la corriente le permitió, en pocos años, prescindir de las comillas que marcaban inicialmente el carácter exploratorio de la “nueva” versión (por ejemplo, en el libro de Kellner citado en n. 13, como se ve en el título de la compilación de Ankersmit y Kellner (n. 1), donde el adjetivo está tan normalizado como en las compilaciones homólogas de Hunt y Veiser (n. 2).

lucidación epistemológica de la historia con el análisis de sus principios constructivos, la “nueva” filosofía de la historia disocia y opone programáticamente las dos perspectivas. Planteando en términos dilemáticos el futuro de la disciplina, rechaza la filosofía epistemológica de la historia, juzgada ahora “un curioso fósil positivista en el mundo intelectual contemporáneo”,¹⁶ y asume para sí, como propios de una actualidad teórica consciente de sí misma, los atributos de una “filosofía narrativista de la historia” que es también, en oposición a la desplazada, una “filosofía sintética de la historia”.¹⁷ En consonancia con esta opción, entroniza a la obra de Hayden White como fundadora de la nueva orientación, aunque en recursos lógicos y dilatación conceptual avanza mucho más allá de los hitos establecidos por el autor de *Metahistory*.

- Como corolario del rechazo indicado, la nueva filosofía de la historia desecha tanto la agenda de cuestiones de la que se ocupa la epistemología de la historia como el vocabulario y criterios habituales que esta última moviliza. Por un lado, se desentiende de los problemas de la explicación histórica, de la causalidad, de la verdad, de la justificación, de la argumentación, etc. y relega al olvido o a la insignificancia discusiones como las suscitadas por el hempeliano “*covering-law model*”. Por otro, cuestiona la pertinencia y, por tanto, la subsistencia del vocabulario de la descripción y la explicación como herramientas útiles para dar cuenta del trabajo del historiador; en su lugar, propone conceptualizar las unidades discursivas en términos de representación, vinculando esta preferencia con la decisiva postulación de un acercamiento a la escritura de la historia desde el punto de vista de la estética.¹⁸ La premisa de este giro es la proximidad en que se encontrarían el arte y la historiografía en cuanto ambos ofrecen una representación del mundo. La representación, sin embargo, a diferencia de lo que impondría una lectura referencialista, debe ser concebida sin ninguna pauta externa y sólo en los términos del propio medio representacional. Siguiendo la inspiración de Hayden White (particularmente en su obra temprana: por ejemplo en “*The Burden of History*”),¹⁹ la nueva filosofía de la historia se propone emancipar a la escritura histórica de las constricciones de veracidad asociadas al imperativo de una representación fidedigna del pasado. En términos afirmativos, se trata para ella de hacerse cargo del carácter inevitablemente sustitutivo que posee el texto histórico. Dado que el pasado constituye, por definición, una realidad ausente, su sustituto tiene una entidad propia que debe ser juzgada partiendo de sus propios principios formales. Sólo las proposiciones individuales, aislables, que integran el discurso del historiador pueden ser

¹⁶ F. R. Ankersmit, “The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History”, citado en n. 13, p. 27.

¹⁷ F. R. Ankersmit, *Narrative Logic*, cit., p. 5; y del mismo autor, “The Dilemma...”, p. 1.

¹⁸ F. R. Ankersmit, “Historical Representation”, cit. La estética es esgrimida también contra el orden jerárquico que, en Gadamer, la subordina a la hermenéutica: “la verdad es la inversa: como filosofía de la representación, la estética precede a la filosofía de la interpretación y es la base que la explica” (p. 210). En su último libro, Ankersmit dilata aún más el alcance heurístico y normativo de la estética e, internándose en los problemas del estado y la democracia, la sociedad, el poder, el individuo y el atribuible “contenido de la forma” de dichas representaciones, aboga enfáticamente por una filosofía política estética que resulte servicial para encarar las cuestiones que se plantean a las democracias contemporáneas una vez concluida la guerra fría. Cf., de este autor, *Aesthetic Politics. Political Philosophy Beyond Fact and Value*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

¹⁹ Hayden White, “The Burden of History”, *History and Theory*, vol. V, 1966, pp. 111-134. El artículo integró posteriormente el volumen *Tropics of Discourse*, citado en n. 13.

pasibles de una adjudicación de verdad o falsedad;²⁰ la unidad textual misma, en cambio, es estimada por su pregnancia significativa, por el punto de vista que preside su construcción, por el tipo de interpretación (es decir, de sentido *añadido* al conglomerado fáctico)²¹ que ofrece, de modo que el conjunto de estos atributos y no la “representación fiel” del pasado ausente es lo que hace a una obra histórica más o menos plausible o convincente.

- Un rasgo ostensible de la nueva filosofía de la historia es su convicción de formar parte de un movimiento intelectual más amplio que rechaza, con escepticismo e ironía, las pretensiones esencialistas de las ciencias humanas y que, en el campo del conocimiento histórico, tuvieron expresión en el propósito científico de la historiografía moderna. Dejando de lado la aspiración de apresar “la esencia del pasado” (en sus distintas especificaciones y desde diferentes perspectivas teóricas), otro tipo de historiografía emergente buscaría sustituir las “estructuras macrohistóricas” por “situaciones y conexiones vitales microhistóricas” como objeto de la atención del historiador.²² Los más connotados orientadores de la nueva filosofía de la historia, F. R. Ankersmit y Hans Kellner, han decidido llamar “posmodernista” tanto a la historiografía que sienten consonante con su reflexión como a su propia opción filosófica. Que el término puede servir, en efecto, como señal de reconocimiento es algo que se puede comprobar en la naturalidad con la que los mismos historiadores han acogido la denominación como conveniente para designar la nueva dirección de sus trabajos. Así, en un intercambio carente de toda conexión con la filosofía de la historia y referido más bien a las preferencias metodológicas y temáticas de ciertos historiadores, la revista *Past and Present* debatió, hace unos años, la pertinencia de tal rótulo.²³

- Para situar, en definitiva, a esta corriente en un marco histórico más amplio, se puede decir que, mientras en el pasado la filosofía de la historia se inspiró en el pensamiento teológico, metafísico, científico-natural o científico-social (y, en sus recientes versiones “críticas”, en criterios epistemológicos), ahora –y siguiendo el lejano precedente de Croce– extrae sus recursos de la teoría y la práctica de las artes y la literatura, pero en un estado de estas últimas en el que ya han sido impregnadas o cribadas por el formalismo es-

²⁰ F. R. Ankersmit, “Reply to Professor Zagorin”, citado en n. 13, p. 282.

²¹ “El vocabulario de la representación, a diferencia del de la interpretación, no supone que el pasado tenga un sentido”; por eso mismo, “puede ayudarnos a explicar la emergencia del sentido a partir de lo que *aún no tiene sentido*”. Cf. F. R. Ankersmit, “Historical Representation”, citado en n. 13, pp. 209-210.

²² F. R. Ankersmit, “Historiography and Postmodernism”, citado en n. 13, p. 148.

²³ Cf. el intercambio –a veces, crispado– de puntos de vista que, bajo el título común de “History and Post-Modernism”, publicó *Past and Present* en sus Nos. 133 y 135 de noviembre de 1991 y mayo de 1992, respectivamente, en ocasión de una breve nota (con similar título) de Lawrence Stone, aparecida en el No. 131, de mayo de 1991. Participaron el mismo Stone, Patrick Joyce, Catriona Kelly y Gabrielle M. Spiegel, autora esta última de un texto que, en gran medida, sirvió de referencia al debate: “History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages” (*Speculum*, vol. 65, 1990, pp. 59-86). La escasa disposición de los editores de *Past and Present* a dar cabida en las páginas de la revista a este tipo de problemática aparece tácita y rencorosamente aludida en un artículo reciente de uno de los polemistas de entonces. Cf. Patrick Joyce, “The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain”, *Past and Present*, No. 158, febrero de 1998, pp. 207-235 (la página inicial consigna: “ésta es la primera contribución sobre posmodernismo e historia que publica *Past and Present* desde el único intercambio sobre el tema, en 1991-2”).

tructuralista y el antifundamentalismo deconstruccionista. Esto ha llevado a que, con el relegamiento de las concepciones bautizadas "esencialistas", se abandone también la tensión cognoscitiva hacia el referente, sustituida entonces por un interés intransigente y exclusivo en los artefactos textuales que lo aluden. La intelección del pasado es tamizada por la reconstrucción de su organización discursiva y ésta por la del género de escritura que la subtiende. La confluencia de diversas perspectivas y la indistinción categorial de sus objetos ha suscitado una dilatación de la disciplina: la nueva filosofía de la historia se constituye como hibridación de teoría literaria, crítica cultural, historia intelectual y filosofía deconstructiva.

La "nueva" filosofía de la historia es, sin duda, nueva en tanto emergente y diferenciada de la que prevaleció en los mismos medios académicos que sirven de marco a su programática declaración de ruptura e innovación (por ejemplo, la revista *History and Theory* de la Wesleyan University). Pero es, sobre todo, *otra* en la medida en que el objeto que busca constituir sólo tiene una relación mediada y aún elusiva con aquel sobre el cual recayó la meditación de la filosofía y que, con las normales transformaciones e incitaciones de época, aún subsiste en ella. En este sentido, y puesto que el léxico cuenta, se puede recordar que no hay sólo una manera de entender la distinción entre una filosofía de la historia dogmática y otra crítica: basta registrar, por ejemplo, los contenidos diversos que estos términos pueden tener en las elaboraciones de Schnädelbach.²⁴ La verdadera diferenciación entre la "nueva" filosofía de la historia y la consensual es equivalente y homóloga del desdoblamiento semántico y lógico que distingue en la historia lo propio de las *res gestae* y lo referido a la *historia rerum gestarum*. Pues, aunque existan antecedentes al respecto, sólo ahora, con la "nueva" filosofía de la historia queda consumada en un sentido irreversible la transición de la historia-objeto a la metahistoria y del interés por el sentido de la cristalización de lo humano en el pasado a la inspección formal de las modalidades discursivas en que ese interés se manifiesta. La brecha es profunda, porque si bien siempre existió, en proporciones diversas, en cada historiador y en cada filósofo de la historia, una remisión recíproca de la orientación intencional al pasado a los recursos intelectuales que permiten su ejercicio, del interés por lo transcurrido al concepto que busca hacerlo inteligible, sólo ahora la oclusión del referente o su elusión agnóstica, la axiomática celebratoria de "la ausencia" del pasado deja paso a la autorreferencialidad de su figuración como nuevo objeto de la reflexión histórica. La nueva filosofía de la historia abandona las *res gestae* a una suerte de dispersión atomista y refiere todo conato de síntesis intelectual a una organización textual cuya aptitud persuasiva queda librada al dictamen de un juicio estético que se expedirá sobre sus cualidades formales. En cuanto declarada "lectura esteticista de los textos históricos",²⁵ postula el carácter autorreferencial del lenguaje narrativo y la indeterminabilidad de su conexión con estados de cosas extratextuales; no se pronuncia sobre el pasado sino sobre su sustituto figurado, al que coteja con otras creaciones sus-

²⁴ Mientras la filosofía de la historia dogmática "considera que la posibilidad de sistematización de la historia está garantizada por las condiciones objetivas del material histórico mismo", la crítica busca "fundamentar la validez científica y la referencia objetiva de las sistematizaciones históricas". Cf. Herbert Schnädelbach, *op. cit.* (n. 6), pp. 16-17.

²⁵ F. R. Ankersmit, "Reply to Professor Zagorin", citado en n. 13, p. 295.

titutivas al modo en que el crítico de arte compara y valora la calidad de un cuadro tomando en cuenta sólo sus inherentes recursos pictóricos. En esta *connoisseurship* de la obra histórica²⁶ basada en criterios estilísticos comienza y termina la fórmula programática de la nueva filosofía de la historia.

La relegación parentética a la que esta corriente somete las cuestiones del referente, su excluyente concentración en los atributos formales de una representación autonomizada de la cosa representada, su abstención principista del criterio de verdad histórica, su disolución del fundamento cognoscitivo del juicio moral sobre el pasado, han generado un comprensible recelo que no dejó de influir sobre los practicantes de la “nueva” filosofía de la historia. Se puede advertir, al menos en algunos de ellos, una atenuación forzada –y también contradictoria– de sus planteos que lleva a un Lionel Gossman, por ejemplo, a proponer una “historiografía racional” en virtud de la cual sea alcanzable “un punto medio entre la verdad absoluta y la arbitrariedad irracional, o ‘decisionismo’”²⁷ y a aceptar, también, una especie de principio de codeterminación que permite afirmar que “la narrativa determina la evidencia en la misma medida en que la evidencia determina la narrativa”.²⁸ Más significativo es el hecho de que el adalid de la corriente, Hayden White, una vez enfrentado con el problema de la representación histórica del genocidio, se haya inclinado por un necesario tipo de adecuación entre hechos y figuraciones: contenidos fácticos como los crímenes masivos requerirían un “género noble” de representación y ninguna “distorsión de los hechos” le estaría permitida al lenguaje figurativo.²⁹ Esta admisión está, seguramente, muy lejos de las prevenciones de la nueva filosofía de la historia que, en las palabras de Kellner, busca resistir e impugnar “el autoritario discurso de la realidad”.³⁰ □

²⁶ “El tipo de historiografía que más necesitamos es una *connoisseurship* de la escritura histórica... que sepa cómo encontrar la clave secreta del texto no en su alegada correspondencia con el pasado real sino en su organización textual”. F. R. Ankersmit, “Reply to Professor Zagurin”, cit. pp. 294-295.

²⁷ Lionel Gossman, *Between History and Literature*, citado en n. 13, p. 318

²⁸ Lionel Gossman, “Towards a Rational Historiography”, *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 79, No. 3, 1989, p. 26 (cit. en John H. Zammito, “Are we Being Theoretical Yet? The New Historicism, The New Philosophy of History, and ‘Practicing Historians’”, *Journal of Modern History*, vol. 65, No. 4, diciembre de 1993, p. 804).

²⁹ Hayden White, “Historical Emplotment and the Problem of Truth”, en Saul Friedlander (ed.), *Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1992, pp. 45, 41.

³⁰ Hans Kellner, *Language and Historical Representation*, citado en n. 13, p. 24.